

APLAUSOS

Desde pequeño, a Lucas de Casso le había rondado la sensación de que la vida se reía a costa de convertirle en su bufón privado. Jamás aprovechó este supuesto don para situarse debajo de la carpa de un circo o formar un dúo cómico capaz de desarticular las mandíbulas de medio país. Al contrario, su desgracia consistía en que el circo donde él actuaba no tenía un límite preciso. Le perseguía a cualquier sitio donde él fuese. Eso, al menos, era lo que pensaba frente al bar Mudarra.

Sus rotundas gafas de pasta negra y su pelo borboteante de joven sin recursos le señalaban como uno de los nuevos espectadores de clá. Había también una anciana con un caniche, tres escritores frustrados leyéndose manuscritos y un matrimonio con dos niños pequeños. Esperaban como él. Se había apostado en el portal contiguo, albergando aún el resquicio de indecisión que convertía cualquier empresa en una aventura. Faltaba alguien en aquel público sobornado, una presencia que quizás no llegara nunca para asistir a la función.

Desde una ventana, podía ver cómo el hombre del puro charlaba con uno de los camareros. Su vientre abultado subía y bajaba cuando se reía, mostrando bajo su mostacho unos labios enormes de ventosa. Un parroquiano ebrio le pidió a voces dos décimos de lotería, que el hombre se aprestó a venderle. Lucas se lió un cigarrillo de picadura. Un estudiante de los años setenta debía fumar picadura o pipa, aunque se permitían los celtas por solidaridad con la clase obrera.

Lo encendió y aspiró con fuerza. Una tos de elefante le estalló en el pecho, atrayendo las miradas de la triste comitiva de espectadores de clá. Alguno incluso soltó una risita corta al verle manotear en el aire apoyado contra la pared, con sus rizos de gorgona estremeciéndose como alambres. Se le cayeron las gafas. El padre de los niños se acercó hacia él y las recogió.

— ¿Está bien?

— Sí, sí, gracias.

Un puro se recortó entonces contra la fachada del bar Mudarra, seguido de una barriga de respetables dimensiones. Todos se dispusieron en semicírculo alrededor del lotero, que los escrutó con una mezcla de desprecio y aburrimiento. Lucas se sumó al grupo por pura inercia. Sin pronunciar palabra, el tipo iba repartiendo las entradas a cambio de una porción irrisoria de calderilla. El mostacho se removía como una escoba cada vez que el lotero recibía las monedas, demostrando la satisfacción íntima de su dueño. Cuando le tocó el turno a Lucas, sólo tuvo que extender la mano, depositar la cantidad consabida y tomar el trocico de papel rosa en el que estaba escrito con caligrafía de párvulo: CLÁ.

El teatro Marquina distaba dos manzanas del bar Mudarra, en la calle Prim. Lucas inició el peregrinaje hacia la sala siguiendo a la comitiva que capitaneaban el lotero y su puro. Ya había perdido toda esperanza de que ese día apareciera ella cuando una melena castaña y saltarina interceptó la marcha del grupo. El corazón de Lucas se aceleró en un reprís de coche de carreras. Ella venía sin aliento. Nunca se perdía la primera sesión de clá cuando cambiaban el programa. La había espiado muchas veces por calles furtivas hasta dar con el lotero del bar Mudarra.

En realidad no se conocían, al menos no habían sido presentados nunca. Lucas sabía que se llamaba Angélica, que estudiaba segundo de periodismo y que asistía puntualmente a los estrenos como espectadora de clá. Sin otra información, aquella tarde había decidido dar el paso final.

Un acomodador bajito con aire de segundón le mutiló la entrada. El lotero, que no había dejado de fumar su Partagás, les congregó en el vestíbulo. Explicó lo que tenían que hacer y amenazó con echar de inmediato al que no cumpliera sus órdenes.

— El otro día tuve que poner a un greñudo de patitas en la calle. Y miren que es fácil lo que hay que hacer, ¿ven?, una mano, la otra y

plas. El tío decía que la obra era demasiado mala para aplaudir. Aquí no queremos críticos de arte, ¿estamos? Que sepan que el menda no se corta un pelo. Arreando.

Tras su arenga de sargento chusquero ocuparon las posiciones. El tipo les indicó con una mano tiesa la última fila del patio de butacas. El teatro estaba vacío. Aparte de ellos y el acomodador, tan sólo dos o tres cabezas interrumpían el tapizado rojo de las butacas. Alerta. Un escritor frustrado trató de colocarse junto a Angélica, pero Lucas lo fintó con maestría de delantero centro y conquistó la deseada posición. Ella aparentó no percatarse de las disputas territoriales que generaba entre el público masculino. Por eso le gustaba. Aquella chica parecía no darse cuenta nunca de nada.

Se habían cruzado cientos de veces en la facultad, sus bandejas chocaban casi siempre en el bufet libre, incluso había propiciado el acercamiento hojeando libros de estilo junto a su asiento de la biblioteca. Sin embargo, ella no le facilitaba una mínima mirada para abordarla. Sus gafas de pasta transparente la mantenían alejada del mundanal ruido, a modo de muralla de cristal.

El lotero se sentó en el asiento contiguo a Lucas. Un tanto azorado por la cercanía de Angélica, la presencia tan cercana del barrigudo se le antojó otra burla del destino. Además, para su desesperación, seguía fumando el sempiterno Partagás, lanzando nubes de humo denso como una locomotora inerte.

La función dio comienzo. Verónica Forqué y su madre, Carmen Vázquez Vigo, representaban *De repente, el último verano*, de Tennessee Williams. Lucas casi no pudo atender al primer acto. Pendiente de una ocasión para cruzar unas palabras, se removía en su asiento. De vez en cuando giraba la cabeza con el ánimo de verla atenta a la interpretación. Observaba entonces la montura transparente enmarcada de pecas infantiles.

Al final del primer acto, el lotero le dio un codazo para que aplaudiese. Sus manos empezaron a chocarse la una contra la otra, primero

desganado, luego más convencido por un segundo codazo que se le incrustó en los intestinos.

En el siguiente acto sus tímidos intentos corrieron la misma suerte. No fue hasta el acto tercero que ocurrió aquello. Viendo acercarse el final de la obra, su nerviosismo se incrementó hasta puntos insospechados. Tenía que hacer algo para llamar la atención de ella, aunque no sabía exactamente qué. Movida por una iniciativa autónoma, su mano se deslizó hacia los muslos de Angélica sin llegar a tocarlos. Podía, eso sí, adivinar el calor que emanaba su piel debajo de aquellos vaqueros tan ajustados que le hubieran cortado la circulación a una columna de mármol. Quería tener algo que llevarse a la cama esa noche, aunque sólo fuera la promesa leve de su calor a pocos centímetros de distancia. Para disimular el escamoteo de su mano, aparentó ponerse más cómodo en la butaca. Entonces la extremidad resbaló en la zona intermedia de los asientos. Como atraída por un imán invisible, fue a dar a un resquicio del armazón metálico que la aprisionó. Lucas quedó en la postura de un cuasimodo hippie durante unos segundos. Tiró un poco, sin conseguir liberarse. Apretó los metacarpos para reducir al máximo el contorno de la extremidad pero tampoco obtuvo resultado. Sin duda, aquella abertura había estado esperando desde que la fabricaron para cerrarse sobre su mano con el afán de un cepo de la Inquisición.

De pronto, le dominó el pánico. Transpiró un frío acuoso que le congeló el cuello. Trató de serenarse respirando profundamente. Luego tiró con todas sus fuerzas. A riesgo de desollarse la mano, forzó la hendidura de mil maneras. No consiguió nada más que incrementar su terror. El lotero le lanzaba miradas cautelosas y Lucas creyó haber llamado la atención de Angélica con sus últimos intentos. Quizás alentado por este hecho, se entregó de lleno a la actividad manumisora sin disimulo.

Entre jadeos y sudores, forcejeaba con el armazón de la butaca produciendo un sonido de cama agitada rítmicamente que alarmó a toda la fila. Un murmullo de sospecha se elevó entre sus compañeros de

clá. El lotero, no pudiéndolo sufrir más, le dio un codazo troglodítico en tanto que farfullaba unas palabras de afecto.

— Como no te estés quieto, degenerado, te largo a hostias de aquí.

Lucas decidió suspender sus acciones temporalmente, hasta que terminó la función. Angélica le miró de reojo dos o tres veces, bajando sus bellas ascuas verdes hacia la mano oculta y retirándose con sigilo al lado opuesto. Cuando Carmen Vázquez desmigajó la última parrafada del texto con su deje bonaerense, el lotero le hundió de nuevo el codo en las entrañas. Sin saber qué hacer, y en un heroico esfuerzo por librarse de un segundo golpe mortal, Lucas se palmeó la frente y las mejillas con vehemencia de demente. El lotero, que aplaudía con los brazos arqueados, le observaba sin dar crédito a sus ojos.

— Chaval, a ti te falta un tornillo.

Por fortuna, la efusión de los espectadores se desvaneció con el encendido de las luces. Todos se levantaron de sus asientos y se marcharon, incluida Angélica, que le dedicó antes de partir una mirada de repulsión. Tartamudeando, acertó a hilvanar una disculpa que no retrasó la huida de la melena castaña tras la cortina del vestíbulo.

Aplastado contra el terciopelo raído de la butaca, Lucas se percató de que sólo quedaban en la sala él y la figura tripuda del lotero.

— Vamos, que no tengo toda la noche para ti. Degenerado. Si te vuelvo a ver, te avió un castañazo que te enteras.

Con una voz endeble, Lucas le informó de la situación. Una mueca escéptica llenó el rostro del lotero, que se arremangó la camisa para entrar en faena. En ese momento surgió el acomodador bajito por detrás.

— ¿Qué sucede?

— Que el pollo éste no quiere levantarse. Dice que tiene la mano pillada en la butaca. Pero yo se la saco en menos que canta un gallo, vas a ver.

Tras un somero examen del paciente, aplicó sus manos de ferrallista a la muñeca de Lucas y tiró de ella con la brutalidad de un potro medieval. Los gritos desesperados del muchacho lo disuadieron del empeño.

— Pues va a tener razón que no sale.

El acomodador trajo algo de lubricante para los asientos abatibles y se lo vació sobre la mano. El olor pringoso del aceite rezumó en el ambiente. La compañía salió entonces de los camerinos, peregrinando por el pasillo central entre bromas y titubeos de tacones de aguja. Preguntaron por el asunto que les ocupaba y el lotero les informó puntualmente. Con un cigarro de mujer fatal entre los labios, Carmen Vázquez sonrió al espectador aprisionado.

— Ojalá no se pueda marchar, así tendremos mañana a un muchacho guapo entre el público.

Lucas pensó que la pobre actriz debía padecer de alguna enfermedad visual muy grave. Cuando se marcharon, el acomodador suplió al lotero y tiró de la muñeca de Lucas sin resultado alguno. Puso los brazos en jarras con un chasquido de la lengua.

— Nada. Esto tiene mala pinta.

— Pues yo me tengo que ir a cenar, que me espera la parienta.

Los dos se miraron un instante y tomaron la decisión de dejarle allí solo, con las luces encendidas para que no tuviera miedo. Nadie mencionó la posibilidad de avisar a alguna autoridad competente. Se limitaron a cerrar las puertas y se fueron, dejando a Lucas en una soledad de marioneta que ha terminado su función.

A pesar de que trató de conciliar el sueño para tranquilizarse, no pudo pegar ojo. Era de ese tipo de personas que no se dormían si había el más mínimo resplandor cerca. El acomodador apareció a eso de las doce de la noche, para traerle un plato de lentejas. Lucas devoró el contenido y le pidió que le apagara las luces cuando se marchara.

— Es que si no, no puedo dormir.

Al día siguiente, lo despertó la señora de la limpieza. Le observaba fijamente con su uniforme azul cielo bordado de orlas blancas. Con

algo de aprensión, la mujer estiró una mano para zarandearle. Él entreabrió los ojos, sin saber bien dónde se encontraba.

— ¿Dónde estoy?

— En el teatro. ¿Qué te ha pasado, chiquillo?

Le contó lo sucedido y la buena mujer se hizo cargo enseguida. Apenada, fue al bar de enfrente a por un café y unas tostadas para que desayunase. Le sentó de maravilla. También le trajo un libro que alguien se había olvidado en una butaca. Era un tratado de croché.

— Así se te hace más corta la espera.

— ¿Qué espera?

— Hasta que comience la función, digo yo.

Le dio las gracias y comenzó a leer con interés el librito. A eso de las cinco apareció el acomodador seguido del taquillero. Hablaban sobre él. Le traían otro plato de lentejas como el de la noche pasada. Aunque Lucas tenía la firme intención de exigir que le liberasen de aquella butaca, los gestos de caridad que estaban mostrando le enternecieron. Se conformó con darles las gracias y a aceptar sus ofrendas con humildad.

Si algún milagro no lo remediaba, esa tarde asistiría de nuevo a la obra de Williams. Las actrices lo saludaron con cariño en cuanto entraron. A las nueve, vio aparecer la figura familiar del lotero, que meneó la cabeza con incredulidad. Le dijo que no estaba bien eso de atraparse en la butaca para ver de gorra la sesión. Lucas, rebuscando en sus bolsillos, pudo extraer unas monedas que le entregó al tripudo jefe de clá. El tipo le extendió el billetito rosa. Entonces le asaltó una duda existencial. ¿Podía haber un espectador de clá incapacitado para aplaudir? En puridad, no. La palabra clá venía del inglés *clap*, que significaba *dar palmas con las manos*. La tarea que se encomendaba a este tipo de asistentes era la de comenzar el aplauso y mantenerlo el tiempo que fuera necesario para salvaguardar la dignidad de los actores y el prestigio del teatro. A cambio, presenciaban en el patio de

butacas obras que jamás se podría permitir el bolsillo de un estudiante o de una familia pobre.

Tenía que encontrar una solución al problema, ya que la cosa podía alargarse indefinidamente. Pensó en volver a palmearse las mejillas o la nuca. No le hacía ninguna gracia la idea. La frente no produciría un sonido tan cálido como el de las manos. Agachó la cabeza, deprimido. Apresado en aquella butaca, su única actividad era dar palmas y ni siquiera eso podía hacerlo bien. Entonces contempló sus pies y se le ocurrió una idea. Probó a quitarse los zapatos. Sujetó uno con las rodillas y el otro con la mano libre. Los chocó. El sonido era aceptable, con más práctica podría llegar a simular un aplauso normal. Por otro lado, con las plantas de los pies ensayaría hasta lograr un palmeo grave que compensara el timbre más agudo de las suelas de los zapatos. Se convertiría en el mejor palmero manco de la historia del clá.

Esa noche, sin la presencia perturbadora de Angélica, pudo atender a la obra. Le pareció un tanto excesiva la interpretación, aunque el texto tenía ya de por sí un marcado toque de sicodrama norteamericano. Al final de cada acto se afanaba en producir aquellas palmas sucedáneas bajo la mirada atenta del lotero. No le dijo nada en toda la obra, ni siquiera le propinó los codazos de rigor porque ya se conocía los tramos de aplauso. Cuando concluyó la sesión, le comentó al acomodador lo cumplido que había estado Lucas.

— En mi vida había visto cosa igual. Lo malo es que le huelen un poco los pies, pero por lo demás hay que quitarse el sombrero.

El acomodador le pidió que aplaudiese delante de él. Al verlo agitar los pies mientras con la mano aplastaba un zapato contra el otro, se maravillaba.

— ¡Es el hombre orquesta del aplauso!

Esa noche el lotero le compró un bocadillo de calamares en el bar Mudarra. Tenía el regusto insano del aceite reutilizado, pero le supo mejor que un manjar francés. Era la satisfacción del deber cumplido. Durmió de un tirón, agazapado en la butaca como un bebé.

Al día siguiente, le pidió a la mujer de la limpieza un bolígrafo y papel para escribirle una carta a sus padres. Ya llevaba dos días en el teatro. Su madre habría llamado a la policía, lo mejor sería tranquilizarles con una carta donde les explicase la situación. Sobre la espalda encorvada de la limpiadora, Lucas trazó con la mano izquierda unas frases torpes. La caligrafía de un parvulito tendría mejor aspecto que el conjunto de garabatos que llenaban la hoja de papel. Sin embargo, su empeño obtuvo recompensa un par de días más tarde. Con aire triunfal, la mujer de la limpieza le mostró una carta que tenía el remite inconfundible de la casa paterna. Lucas la abrió y leyó con lágrimas en los ojos. Su madre le contestaba aliviada por la noticia. Le preguntaba si estaba bien, si le daban de comer y cuándo podían ir a visitarle. En general, sabía que sus padres no eran demasiado aficionados a ir al teatro, así que supuso que los vería en los estrenos más populares, cuando se representasen obras de Muñoz Seca o de Jardiel Poncela.

En las dos semanas que siguieron nadie avisó a la policía o a los bomberos de que allí había un hombre atrapado en su butaca. Tan sólo lo tomaron como algo natural, eso de que alguien pudiera quedarse con la mano incrustada en su asiento y no poder regresar a casa. Una de esas situaciones absurdas que acaban viéndose normales gracias a la repetición.

Él mismo se abandonó a la fuerza de los hechos. Mejoró la calidad de su aplauso y forzaba a veces cuatro y cinco bises en los saludos de la compañía. Estos maratones palmeatorios le valieron la estima de los actores, que siempre le traían algo de comer o prendas de ropa usada en otras representaciones. El muchacho que interpretaba al doctor Cukrowicz le regaló el jubón que había vestido en la obra anterior para hacer de Hamlet. Carmen Vázquez le regaló una transparencia de seda fucsia que utilizó como almohada. Los actores confesaron que muchos días habían mejorado su actuación gracias a su presencia, sabedores de que tenían entre el público a un aplauso incondicional.

— Esas cosas dan mucha seguridad, ¿sabe usted?

En sus ratos de ocio, Lucas se empapaba del tratado de croché. Memorizaba los tipos de punto y las rosetas por puro aburrimiento. Al mismo tiempo, practicaba el aplauso de pies imitando a las focas de los acuarios. La taquillera, una joven algo arisca, le descubrió relejendo las páginas de tapetes estrellados. Atisbó el tratado desde la distancia.

— Si quieres, te traigo hilo y aguja.

Con la varita ganchuda de metal y una madeja de hilo blanco, Lucas mataba el tiempo sobrante. El acomodador le encargó unos patucos rosas para su nieto. La mujer del lotero, unas puntillas para sus sábanas de Holanda. La señora de la limpieza, un tapetito con la imagen del Pato Donald. Pronto pasó de los diseños vicarios del tratado a otros más originales. Incluso confeccionó un retrato escénico de Verónica Forqué y su madre en uno de los números neuróticos que tanto le gustaban a Tennessee Williams. Pese a todo, nunca olvidó que su misión principal era otra.

Gracias a una reflexión metódica, Lucas comprendió la esencia de su actividad. La mayor parte del público de clá venía con la certera impresión de ser mercenarios del aplauso. En efecto, se les practicaba una sustancial reducción del precio por hacer algo que se suponía espontáneo. No obstante, la exigencia de vitorear una obra fueran cuales fuesen sus resultados mataba la naturalidad. Había visto a muchos unir sus palmas con el embotamiento detestable de los borrachos, impelidos a hacerlo por los insultos y codazos del lotero. Desde el punto de vista de Lucas, esas personas sufrían un error de perspectiva. Nadie les había explicado en qué consistía ser un espectador de clá.

Los actores salían a escena y se convertían en un personaje durante el tiempo de la función. Día tras día, se esforzaban en mantener la frescura de un texto que habían repetido decenas de veces. Sin embargo, nadie contemplaba su labor en conjunto salvo ellos mismos y los empleados del teatro. Ahora que estaba obligado a presenciar cada noche una función idéntica a la anterior había descubierto la amarga

verdad. Si la interpretación de cierta tarde rozaba la genialidad nada se sabría al día siguiente, cuando el deber de la compañía sería repetir lo irrepetible, en una paradoja constante y agotadora.

Para Lucas, el espectador de clá tenía la misión paralela. Era el actor del aplauso, con el difícil cometido de fingir espontaneidad a la hora de recompensar a aquellos que la habían fingido unos minutos antes sobre el escenario. Se trataba de cerrar el círculo de la interpretación dándole al teatro el toque de la pureza artística. Actores contemplados por sus homólogos de la aclamación.

Con este objetivo por delante, Lucas instruía a los recién llegados con unas palabras antes del comienzo de cada función. El lotero le escuchaba de pie, con el puro fuera de su boca y las manos en actitud de respeto, ante aquella joven promesa del clá. Según le confesó a Lucas una noche, sus discursos le habían desvelado el sentido de la profesión.

El cambio de obra le sumió en la tristeza. Los actores se despidieron con besos y abrazos, especialmente Carmen Vázquez. Le había tomado mucho cariño al manquito, como le llamaba todas las noches antes de retirarse. Para Lucas, ellos eran su familia teatral. Ya no volvió a tener la misma sensación de orfandad con las que les siguieron. Un hecho contribuyó a mitigar estos desprendimientos afectivos, algo con lo que Lucas no había contado durante sus interminables jornadas de croché: Angélica volvería con los nuevos estrenos.

Distraído en un mantel estampado con un ave del paraíso, apenas pudo distinguir el tintineo suave de la voz jadeante de ella. Como siempre, llegaba tarde. El grupo de esa función aguardaba las órdenes del lotero en el vestíbulo. Durante unos segundos, su cerebro se debatió en un frenesí de computadora. Arrumbó la labor bajo su asiento abatible, se compuso el jubón de Hamlet para ofrecer una imagen más solvente y gritó el nombre del lotero. En unos instantes, el ascua de un Partagás relumbró en sus narices.

— ¿Qué quieres, chaval?

Lucas le pidió que sentara junto a él a la chica que acababa de llegar. Sus pupilas suplicantes no admitían una negación.

— Veré lo que puedo hacer.

Con voz de jerarca otomano, el lotero congregó a los espectadores de clá en fila india. Les hizo seguirle y los colocó a su antojo, hasta que le tocó el turno a Angélica. Lucas se quitó las gafas y se recogió el pelo en una coleta para no ser reconocido por ella. Angélica lo observó con suspicacia. Sus extraños ropajes y la mano sepultada bajo el asiento no le infundieron confianza. Una vez acomodada, fue ella la que le habló.

— Tu cara me suena mucho, ¿eres actor?

— Algo parecido.

Cuando el lotero le cedió la palabra a Lucas para iniciar su perorata sobre el sentido del clá, él titubeó por la excitación. Respiró profundamente, sabedor de que aquel discurso era su oportunidad para que ella se fijara en él de una vez por todas. Estiró como pudo su mermada espina dorsal, se aclaró la garganta con un elegante carraspeo y su voz rasgó el clima tenue de la sala, captando la atención de todas las miradas. La montura transparente no dejó de orientarse hacia él, asintiendo como un minero que ve la luz al fondo de una galería cenagosa. Lucas encomió de tal modo su noble tarea, con tal dulzura y fervor, que despertó un aplauso espontáneo en aquel público comprado. Él, al borde del derrumbe lacrimógeno, sonreía haciendo leves reverencias de actor que ha finalizado una función con maestría.

Angélica pasó de la indiferencia a un interés minucioso por Lucas. Algo arredrada ante aquel gurú del aplauso, le interrogaba con timidez sobre las peculiares circunstancias de su iluminación. Lucas, con la humildad de un operario industrial, iba relatando el aprisionamiento de su mano, cómo aceptó su nueva vida, la relación con los empleados del teatro, los buenos y los malos momentos y las anécdotas más reseñables.

— Pero la razón que me trajo aquí no te la diré todavía.

— ¿Por qué?

— Es demasiado personal.

Al finalizar la sesión, ella le plantó dos besos que le supieron a comienzo más que a despedida. No hubo necesidad de citarse, pues Lucas sabía que ella iba a regresar en el próximo estreno. Los días pasaban rápidos, divididos entre el ganchillo y las funciones.

Una noche, el lotero vino antes de tiempo.

— Hay un pollo que quiere hablar contigo, no sé qué busca.

— Dile que pase.

Lucas apartó en el asiento de al lado una colcha anaranjada. La figura escuálida de un joven con el ceño fruncido traspasó el cortinaje del vestíbulo. Le recordó a esos fantasmas románticos que surgían de las obras de Zorrilla. El chico parecía deprimido. Le tendió una mano enorme, desproporcionada para su tamaño. Lucas le indicó que tomara asiento.

— Bueno, ¿qué te trae aquí?

— He oído hablar de tu trabajo. Dicen que eres el mejor.

Mostrando su mano izquierda, Lucas esgrimió una mueca de sarcasmo.

— ¿Te parece que puedo ser el mejor con una sola mano?

— Eso no es lo que cuenta. Tú has proyectado tu vida en esto.

Django Reinhardt sólo podía mover tres dedos de la izquierda y fue uno de los mejores guitarristas de la historia. Llevo en el ajo más de diez años, desde que tengo uso de razón. Con estas palmas puedo hacer temblar un estadio.

Las chocó. La onda expansiva le removió los rizos a Lucas.

— Increíble.

— Sí, pero tú haces que los actores vibren con tus aplausos. Se está corriendo la voz y todos quieren actuar aquí. Este teatro se llena noche tras noche. Hay gente que sólo viene a escuchar tu trabajo.

— ¿Y qué quieres de mí?

— Que seas mi maestro.

A partir de entonces, Lucas tuvo de aprendiz a aquel espectro con manos de orangután. Le daba indicaciones sobre el aplauso que se requería en cada ocasión.

— Si ves algo flojos a los actores, aplaude con un ritmo sincopado. Eso les aviva el ánimo. Si están demasiado nerviosos, hazlo en cuatro por cuatro, con un timbre grave que los tranquilice. La fila de clá marca la pauta del aplauso en el público, pero tiene que ser tan clara que no haya lugar para la confusión.

El aprendiz tomaba notas en un cuadernillo, y aportaba ideas y experiencia a las técnicas de Lucas. Una noche, al término de la función, lo vio sentándose de butaca en butaca como un poseído. Trataba de introducir su enorme mano derecha en algún hueco de la armazón, pero le resultaba imposible.

— ¿Pero qué haces, hombre?

— Quiero ser como tú. Nunca te alcanzaré si no sigo tu camino.

Recordando las películas de chinos que se estaban poniendo de moda, puso voz de sensei que le va a enseñar el golpe de la grulla a su joven discípulo.

— Tienes que buscarlo en otra parte, yo ya te he enseñado todo lo que sabía. Ahora te toca descubrir por tu cuenta tu destino.

Tras algunos intentos infructuosos más, el espectro se largó del teatro con lágrimas en los ojos. Antes de desvanecerse entre las cortinas de terciopelo púrpura, le dedicó una mirada de admiración.

En el estreno siguiente, Angélica le regaló un cojín para su asiento abatible.

— Toma, estarás más cómodo.

Había en el tono de su voz un timbre especial. Lucas comprendió que todo tenía realmente una finalidad como en las obras de teatro y él sólo estaba representando la suya propia. Deseó un final feliz, aunque técnicamente era inferior a uno trágico. Cuando se es el personaje, las cosas se ven de muy distinto modo, pensó.

Al término de la sesión del *Calígula* de Camus, Angélica se quedó haciéndole compañía. El acomodador le enseñó a ella dónde estaban las luces para que pudiera apagarlas cuando se marchase. Se quedaron solos por primera vez. Un silencio parecido al que iniciaba la representación se interpuso entre ellos. Sin mediar palabra, Angélica sacó unas tijeras.

— Te voy a cortar el pelo.

Con sumo cuidado, iba recortando la pelambre de Lucas. Recogía cada mechón en una bolsa. Sus manos tímidas rastrillaban la fronda delicadamente. Él se abandonaba a sus tejemanajes, con la vaga sensación de que no había nada tan bello en la vida como dejarse cortar el pelo por la chica de la que uno estaba enamorado. Al finalizar, Angélica le mostró su imagen en un espejo para maquillarse. Parecía un estropajo despeinado. Sonrió y sus pies iniciaron un aplauso solemne. Ella le miró con ternura.

A partir de entonces, Angélica se prodigaba mucho más como espectadora de clá. Veía la misma obra dos o tres veces por semana. Una noche, en medio de *Romeo y Julieta*, le hizo una confesión.

— ¿Sabes una cosa? Siempre descubro detalles en los que antes ni siquiera me había fijado. Desde que te conozco, el teatro significa otra cosa para mí. Tú lo has convertido en algo tan vivo como un corazón que late sin descanso, día y noche, consciente de su fragilidad y al mismo tiempo orgulloso de su fuerza.

Y acompañó su sentencia shakesperiana cogiéndole de la mano y acercándosela al pecho. A través de la tela, Lucas pudo sentir de nuevo aquel calor que la extremidad atrapada había intuido en la distancia. Antes de que pudieran evitarlo, sus labios se habían unido en un beso largo en el que ella le sujetó la cabeza a Lucas para que no se fatigase en su incómoda posición.

En el último estreno de la temporada, Angélica trajo una bolsa de viaje. Lo vio cuando se encendieron las luces. Aquella noche fue tal la intensidad del aplauso que los propios actores y el mismo público

acabaron aplaudiéndoles a ellos. Sin duda, habían alcanzado la cúspide de la excelencia en el clá. Cuando se marchó la *troupe*, Lucas le inquirió con la mirada por la bolsa. Tuvo el terrible presentimiento de que ella se marcharía para siempre.

— ¿Y eso?

Ella se sentó junto a él. Sus gafas de pasta transparente se aproximaron hasta chocar con las de pasta marrón.

— Estoy enamorada de ti y quiero hacerte una prueba. Elige.

No se trataba de una de esas elecciones a ojos cerrados en las que las dos manos ocultaban su contenido. No. En la derecha, la punta inconfundible de un destornillador sobresalía brillante. En la otra, había un zapato de mujer. Lucas sabía perfectamente lo que aquello quería decir, y se le saltaron las lágrimas. Angélica le estaba dando la opción de destornillar su butaca y marcharse con ella o continuar con su carrera de espectador de clá. Aunque su mano vaciló ante la herramienta, de repente se escondió en un bolsillo.

— No puedo. Si elijo...

Ella le tapó la boca con sus labios. Luego retornó a mostrarle el dilema.

— Elige con el corazón, quizás te sorprenda el resultado.

Secándose la frente con un pañito de ganchillo, Lucas cerró los ojos. Luego señaló inequívoco al zapato de su mano izquierda. Él esperaba verla marchar decepcionada, con su bolsa de viaje al hombro tras un beso de despedida. Sin embargo, fue la primera vez que sintió el timón de sus actos entre sus propias manos, nunca más un juguete del destino. Se había convertido en un espectador de clá y ya nunca podría dejar de serlo.

Ella retiró los dos objetos y le sonrió como la azafata de un concurso televisivo. Luego le besó el brazo derecho hasta la muñeca aprisionada, le miró fijamente a los ojos y metió su mano en el mismo resquicio engañoso, que la recibió como si llevara veinte años esperando a su segunda presa. Reprimiendo una lágrima traicionera, él acarició su nuca, la abrazó y sus dos manos se fundieron en un aplauso que

comenzó tímido, para destacarse después en la sonoridad vacía del teatro, clap, clap, clap, como un tren que inicia su viaje en una estación nevada.

(autora: Paula Álvarez Carnero)

CERTAMEN
JÓVENES/ARTISTAS
CASTILLA-LA MANCHA
FOTOGRAFÍA
ARTES/PLÁSTICAS
CÓMIC-ILUSTRACIÓN **2MIL7**

